

Dos discursos patrios de Vicente Riva Palacio. Un caso para evaluar la aportación de la novela histórica como método de conocimiento

José Ortiz Monasterio*

En los años de 1867 y 1871 Vicente Riva Palacio y Guerrero pronunció, en la Alameda de la ciudad de México, sendos discursos conmemorativos del 16 de septiembre. En el ínterin escribió seis novelas históricas (publicaría una más en 1872). Idénticos el asunto, el lugar, el público, la ocasión y el objetivo de los discursos, difieren en cuanto al nivel de comprensión histórica. El propósito de este ensayo es comparar dichas alocuciones para evaluar qué le aportó al autor la escritura de esas novelas y en qué medida enriquecieron su visión de la historia.

A todo lo largo del siglo XIX se tuvo la costumbre entre nosotros de que en el mes de septiembre los ayuntamientos formaban una Junta Patriótica que organizaba las celebraciones de la independencia y designaba un orador para el discurso conmemorativo. Ilustres oradores habían antecedido a Riva Palacio en la oración ritual en la capital:¹ Altamirano, Gómez Pedraza, Iglesias,

Lafragua, De la Llave, Orozco y Berra, Otero, Prieto, Quintana Roo, Ramírez (Ignacio), De la Rosa, Tornel y otros menos recordados.² Pero el discurso de 1867, el primero de Riva Palacio, fue especial. En primer lugar hablaba el nieto de Guerrero, actualizando por los vínculos de la sangre la gesta de la emancipación. Además, apenas ayer se había vencido al invasor francés y el humo de los cañones aún no se disipaba del todo: Puebla fue tomada por Díaz el 2 de abril, Querétaro cayó el 15 de mayo y la ciudad de México el 21 de junio de ese año. El orador había tenido un papel muy destacado en la reciente guerra —general en jefe del Ejército del Centro— y había sostenido la resistencia en los estados de México

sagrado y apremiante surge para todo aquel que no vea en la historia un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para preocupar a los novelistas y a los curiosos; una necesidad se hace sentir por todas partes, para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás, a leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir y la explicación de los que ya han pasado”; véase Abelardo Villegas, *Positivismo y porfirismo*, México, Secretaría de Educación Pública (Sep-Sententas, 40), 1972, p. 41- 42.

² Enrique Plascencia de la Parra, “La visión de la independencia a través de los discursos conmemorativos (1825-1867)”, México, [tesis profesional], UNAM, 1989.

* Instituto Mora. Este trabajo fue escrito durante mi año sabático, gracias a la hospitalidad de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Agradezco especialmente a Brian Hamnett y a Esteban Sánchez de Tagle por sugerirme reflexionar, de nuevo, sobre la novela histórica.

¹ Si bien por razones obvias el discurso septembrino en la capital de la república era el de mayor jerarquía es preciso mencionar la “Oración cívica pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867” por Gabino Barreda, donde interpreta la historia mexicana a la luz de algunos conceptos de Augusto Comte. Entre otras cosas dice: “un deber

y Michoacán; para mayor honra, su padre había defendido a Maximiliano en el proceso que se le siguió, esforzándose denodadamente por salvarle la vida, desgraciadamente sin éxito.

Esta pieza oratoria, pues, está impregnada de pólvora y aún tiene alguna mancha de sangre fresca en ella. Con su experiencia literaria y de orador parlamentario —Congreso Constituyente del 56, Congreso rebelde del 61— Riva Palacio estuvo a la altura de la ocasión y produjo un texto muy bien pensado, dividido en diez secciones breves, como los mandamientos de Dios, que merece un detenido estudio. Pleno de metáforas bíblicas y del mundo clásico, hace desfilar ante nuestros ojos a los héroes máximos de México; a la vez, con una retórica envidiable, culpa al clero y al partido conservador de los males que había padecido México.

El discurso cívico de 1867

La tesis inicial del “Discurso que pronunció en la Alameda de esta ciudad el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la Junta Patriótica”³ es la siguiente: “Si el progreso es la condición esencial de la existencia de todos los seres creados, nunca su marcha se manifiesta tan majestuosa y tan terrible como en la marcha de los pueblos a la libertad y a la civilización” (p. 133). El *progreso*, entonces, es la premisa —no demostrada— de la existencia, que en los pueblos es la marcha ascendente a la *libertad* y a la *civilización*. Pero en este camino, dirá en seguida, los pueblos pagan un alto costo: sangre, patíbulo, humeantes ruinas; luego transforma esta idea en una metáfora plástica: “la libertad necesita mártires: su sangre debe caer como un rocío benéfico sobre la tierra, y de su sepulcro deben brotar laureles, a cuya sombra los pueblos

³ Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. X, *Periodismo. Primera parte* (invest. y comp. María Teresa Solórzano Ponce), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 2002, pp. 133-146. Discurso publicado originalmente en *El Monitor Republicano*, año XVII, núm. 4746, septiembre 20 de 1867, México, pp. 1-3.

emancipados escriban sus instituciones...” (p. 133) Este proceso progresivo no tiene fin, pues dichas instituciones “son la bandera con que deben en lo sucesivo lanzarse al combate, en busca de nuevas conquistas de civilización y de progreso, hasta llegar al nuevo triunfo; renovando así esa incesante lucha de la humanidad en que cada sol alumbra sobre la tierra nuevos combates, nuevos triunfos, nuevas conquistas, nuevas víctimas y nuevos caudillos” (p. 133). La defensa de estas banderas —instituciones y principios— es lo que da sentido a la historia, lo que distingue la barbarie de la civilización.

Para que los pueblos no olviden sus *banderas* está reservada una fecha para celebrar a la patria: “su gran día en que se agrupan, se estrechan, se unen para celebrar los recuerdos de sus pasadas glorias, para alentarse a los combates en el porvenir... por la boca de uno de sus hermanos... y allí se gozan en oírle decir eso mismo que han escuchado tantas veces y por tantos años... y que se resume en una sola palabra ¡adelante!” (p. 134). “No importa que el orador sea un genio o una inteligencia vulgar” porque todos los oyentes “traducen y graban en su corazón estos pensamientos” (p. 134).

El proceso del *progreso* aparece más definido cuando el orador aclara que se trata de “la lucha de la libertad y de la reforma”, y en esa lucha no se debe ceder ni un ápice, “ni un paso atrás”. Hasta aquí el exordio de la retórica clásica.

En seguida Riva Palacio asegura que México es un pueblo que está todavía en proceso de gestación: “Atraviesa aún ese doloroso y sangriento vía crucis que conduce a los hombres, a las naciones y a la humanidad, al día glorioso de su transfiguración, atravesando por las terribles pruebas del Calvario...” (p. 135). En este párrafo la palabra clave es *transfiguración* y para su inteligencia debemos recordar que entre abril y julio del año siguiente, es decir 1868, Riva Palacio publicará, por entregas hebdomadarias, la novela histórica *Calvario y Tabor*.⁴ La presencia,

⁴ Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, México, Manuel C. de Villegas y Compañía, editores, 1868, ils. de Constantino Escalante.

en el discurso patrio, de la metáfora del Calvario denota que ya está dando forma a la novela.

Todos conocemos el episodio del Calvario, pero es menos conocido el pasaje del monte Tabor. Por ello vale la pena que profundicemos en ello. Según los evangelios de la *Biblia*, Pedro descubre por revelación que Jesús es Cristo, lo que quiere decir el Mesías. Jesús sube con Pedro, Jacobo y Juan a “una altura” —eso es lo que literalmente significa Tabor, altura o monte—. En esa “altura” Jesús se *transfigura* y se muestra resplandeciente en su gloria. Una nube de luz cubre a los discípulos y de ella sale una voz: “Éste es mi hijo amado y en él se complace Dios. Oídle”. Los discípulos, temerosos, se postran en el suelo. Jesús los levanta y los consuela diciendo: “No temáis”. Ellos levantan los ojos y sólo ven a Jesús. Al bajar del monte Cristo les dice que no divulguen lo sucedido, además les anuncia que será perseguido y muerto, pero que resucitará a los tres días. Los discípulos no entienden y por temor no preguntan.

La interpretación de este pasaje es la siguiente: Pedro descubre que Jesús es el Mesías, esa es su misión y su razón de ser. Pero Jesús, al *transfigurarse* en el monte Tabor, revela que no sólo es el Mesías, sino una persona divina. Así, su misión trasciende a la del mesianato y se convierte en el *salvador* del género humano; no es sólo el Mesías que esperaban los judíos, es además el *redentor*, que será concebido como la tercera persona de la divinidad. De este modo la transfiguración en el Tabor es la revelación y confirmación de la divinidad de Jesús. Esa transfiguración marca el misterio de la resurrección de Jesús y de todos los hombres que serán juzgados por Cristo en el final de los tiempos.⁵

Los temas bíblicos pudieran parecer extraños para la época de las leyes de Reforma. Pero, en realidad, la pugna entre el clero y el Estado no significó el abandono total de una visión provi-

⁵ Véase “Evangelio según san Mateo”, en *La sagrada Biblia traducida de la vulgata latina al español por don Félix Torres Amat*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1953, p. 418. Otros evangelistas narran el pasaje del monte Tabor con ligeras diferencias; debo la interpretación del pasaje a don Edmundo O’Gorman.

dencialista del mundo; es decir que entonces era normal considerar que la Providencia tenía injerencia en los asuntos humanos, por más que desde tiempos de Carlos María de Bustamante la historiografía da un giro laico. Podemos señalar como ejemplo otra obra de Riva Palacio, titulada *Cuentos de un loco*, en que refiere cómo Francia fue castigada por la Providencia por su intervención en México, con la derrota que sufriría poco después en su guerra con Alemania. Y en la propia novela *Calvario y Tabor* dice el autor: “La suerte de los hombres y de las naciones depende de la Providencia”.

En resumen, después de pasar por el Calvario de las guerras civiles y extranjeras México ha alcanzado el Tabor del triunfo de la república en 1867, se ha *trasfigurado* al echar abajo —definitivamente— al régimen monárquico. La metáfora bíblica, pues, no resulta exagerada y don Edmundo O’Gorman lo confirma en uno de sus ensayos más luminosos cuando concluye: “Afirmemos, entonces, que el significado de alcance continental —y por eso universal— de “El Triunfo de la República”, consiste en que con esa victoria del liberalismo expiró la Nueva España al cobrar México por primera vez en plenitud su ser como nación del Nuevo Mundo”.⁶

Para algunos son largas las cinco décadas que siguieron a la independencia, antes de que el país tuviera un gobierno estable. Para Riva Palacio es una mutación rápida pues en otras partes la modernización ha sido trabajo de “muchos siglos” y con una metáfora consigue el efecto de que parezca de veras un corto tiempo:

[...] hombres que sintieron brotar su barba cuando la antigua metrópoli española dictaba sus órdenes a los antiguos virreyes de Nueva España; y la nieve de los años blanquea apenas su cabeza, y esa Nueva España es ya una república libre, independiente, soberana, que ha despedazado por dos veces el yugo extranjero; que ha roto las cadenas

⁶ Edmundo O’Gorman, *La supervivencia política novohispana*, México, Fundación Cultural Condumex, 1969, p. 93.

del fanatismo y el retroceso; que ha dado la libertad a los esclavos; que ha proclamado y planteado la democracia y la igualdad; y que a pesar de los mil obstáculos que han puesto en su camino la traición y la maldad, marcha de frente y sin detenerse en el camino de la libertad y de la reforma, erizado de bayonetas extranjeras y traidoras; sangrando, pero llena de majestad, de valor, de constancia y de fe en el porvenir (p. 135).

Tenemos una ventaja sobre Riva Palacio: ahora sabemos que después de 1867 se inició una era de relativa tranquilidad y de crecimiento económico; él en cambio escribía, por así decirlo, sobre el terreno, y sólo podía adivinar el porvenir, pero dio en el blanco.

Una vez enunciada su tesis de la *transfiguración* de 1867 Riva Palacio entra propiamente en la narración de la historia y se remite a la conquista; no va más atrás, pasa por alto las civilizaciones prehispánicas y nos propone como punto de partida de la historia de México la llegada de los conquistadores españoles. De hecho hace un cumplido elogio de Cortés: “el más hábil, el más audaz y el más afortunado de todos los aventureros que registra la historia del mundo” (p. 137). Y no ve en los conquistadores una fuerza puramente destructiva sino una dualidad de fuerzas opuestas, pues Cortés: “Llevando la cruz y la guerra, es decir, la paz y el exterminio, la libertad y la conquista, la mansedumbre del Mártir del Calvario y el horrible pensamiento de Atila y de Breno, forma con estos elementos tan disímbolos y tan heterogéneos, las cadenas que ataron al imperio azteca al trono de Carlos V y Felipe II” (p. 137).

Atila es bien conocido por la tradición que se conserva de que donde pisaba su caballo no volvía a crecer la yerba; Breno, o más propiamente, Brenno, es una voz céltica que significa jefe y se aplica especialmente al caudillo de los galos senones que asolaron Roma en el 390 a.C., y a quien se atribuye la frase: “¡Ay de los vencidos!” que alude a la inmisericordia de los victoriosos.

La idea dialéctica del acontecer de Riva Palacio nos habla de una visión ponderada, madura,

que huye de los extremos del elogio absoluto y la condena total. Pero aún más admirable resulta el orador cuando establece un principio metodológico fundamental: el historiador debe mirar y juzgar cada época con la luz que le es propia:

La conquista de las Américas, obra del espíritu en que se verificó, debe contemplarse a la distancia en que nos encontramos, no a la roja luz del entusiasmo, ni con el corazón herido por las impresiones que producen necesariamente en nosotros horribles memorias de aquellos tiempos, que llegan hasta hoy en las alas de la tradición o de la historia. La mirada del filósofo debe deslizarse entre aquellos detalles históricos, y estudiar, con la mano sobre la conciencia, el espíritu y la índole de la sociedad, de los pueblos y de los hombres durante el reinado de aquellos poderosos monarcas en cuyos dominios no se ponía el sol... (p. 136).

Tenemos aquí una visión de gran altura donde la historia es contemplada como un *proceso* donde las épocas se suceden y donde cada una de ellas tiene normas, actividades económicas, leyes, manifestaciones artísticas, sistemas políticos y estructuras sociales, en fin, una visión del mundo distinta que las caracteriza. Esto es lo que quiso decir Marc Bloch cuando escribe que los hombres se parecen más a su siglo que a sus padres. Y Riva Palacio abunda en el concepto al decirnos que estaban: “los corazones más grandes y las inteligencias más claras, saturadas, por decirlo así, con la idea de su siglo” (p. 136). Y más adelante remacha la idea diciendo: “Ésta fue la conquista; pero no tendremos un rencor para sus hombres, porque ellos no hacían sino lo que nosotros: adivinar y seguir el espíritu de su siglo y la conciencia de su nación; porque entonces, el conquistador y los conquistadores creían arrastrar al mundo así al progreso” (p. 137).

Esta idea de la historia como proceso de etapas sucesivas, cada una de ellas con una visión del mundo y reglas propias, es uno de los puntales de la escuela historicista alemana del siglo XIX, que

tiene antecedentes tan ilustres como Vico.⁷ Sin embargo, me parece muy dudoso que el orador haya conocido directamente a los alemanes, quienes sólo empezarán a tener impacto en América Latina a través de Ortega y Gasset; Dilthey era coetáneo de Riva Palacio y su *Introducción a las ciencias del espíritu* se publicó hasta 1883. ¿De dónde proviene, entonces, su visión de la historia como proceso? Me parece que la única respuesta razonable es que Riva Palacio tomó esta idea historicista del acontecer de las novelas históricas del siglo XIX. Enrique Anderson Imbert, ese fenomenal crítico, de manera mucho más clara que Lukács ha mostrado que el nuevo género incluía una nueva visión de la historia:

En todas las épocas se noveló el pasado pero fue especialmente en el período romántico cuando las novelas históricas aparecieron en constelación con una implícita filosofía de la vida. Los racionalistas habían desatendido las raíces históricas de la existencia humana. Cuando ofrecían asuntos lejanos apuntaban a lo inmutable; y la móvil relatividad y versatilidad del hombre se les escapaba. La filosofía romántica, en cambio, insistió en que vivimos en el tiempo y, por tanto, el sentido de nuestras acciones está condicionado por las particularidades del proceso cultural. El novelista del siglo XIX —el siglo de la historia— enriqueció, pues, el viejo arte de contar con un nuevo arte de comprender el pasado.⁸

Tal vez la verdadera medida de un historiador está dada por su habilidad para captar lo *específico* de una época. David A. Brading, con su pas-

⁷ Sobre el historicismo es fundamental la obra de Álvaro Matute, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, UNAM, 2002. Matute destaca que los historicistas combatieron la visión iusnaturalista que veía en la humanidad una naturaleza inmutable; en contraste buscaron lo particular de las culturas sin renunciar a una visión universal.

⁸ Enrique Anderson Imbert, “El telar de una novela histórica: Enriquillo de Galván”, en *Estudios sobre letras hispánicas*, México, Libros de México (Biblioteca del Nuevo Mundo, 7), 1974, p. 93.

mosa capacidad de síntesis, ha escrito un párrafo que no tiene desperdicio:

La historia es una ciencia y es un arte. Es esencialmente progresiva y al mismo tiempo aspira a la permanencia. Cada generación escribe su propia historia y asume una idea diferente del pasado. Como obras de la ciencia, todos los libros de historia están condenados a la obsolescencia; como obras de arte, tal vez un puñado escape del olvido. Como ciencia, la historia instruye; como arte, produce placer. Sólo tres tipos de trabajos históricos librarán con éxito el naufragio del tiempo: los libros de memorias, ciertos textos de referencia y *esos raros volúmenes que identifican las leyes del comportamiento humano en una época determinada*.⁹

Pero cabe recordar la palabra con que Riva Palacio inicia su discurso: progreso. Para él la sucesión de las eras es un proceso ascendente de perfeccionamiento sin fin. Las guerras mundiales del siglo XX, donde el horror indecible fue práctica sistemática, hicieron que el concepto de progreso fuera seriamente cuestionado. Pero 1867, especialmente en México, era un año pleno de optimismo y aun festivo; Riva Palacio tuvo la humorada de comentarle a Constantino Escalante, el caricaturista de *La Orquesta*, que había mandado apagar el fuego en su casa, en vista de que todos los días los pasaba en convites. Y con su inteligencia fuera de serie Riva Palacio estaba convencido de que aun los grandes logros de su época parecerían poca cosa respecto al porvenir:

Apóstoles y confesores nosotros de la doctrina democrática, hemos necesitado subir sobre este inmenso pedestal, formado por la ceniza de cien generaciones, hacinadas por el transcurso de muchos siglos, para descubrir un horizonte más claro y más se-

⁹ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995, p. 424.

reno; y todavía las futuras edades nos contemplarán en el error, porque aun nosotros mismos vemos confuso el porvenir al través del llanto de la humanidad, que anubla nuestros ojos (pp. 137-138).

A continuación el orador señala un aspecto que desesperó a muchos escritores del siglo XIX: la monotonía de los tiempos coloniales. En efecto, en una época en que la historiografía era fundamentalmente política y, según la expresión francesa, *événementielle*, es decir plena de datos y menos atenta a los procesos estructurales que hoy se prefieren. Era ésta una dificultad de composición, pues impedía darle algún interés a la narración; Guillermo Prieto opina lo mismo: “La historia de la conquista era en extremo monótona...”.¹⁰ En su discurso dice Riva Palacio:

Tranquilos se deslizaban los días de los vi-
rreyes, y México se aletargaba en la igno-
rancia y la esclavitud. Apenas turbaba la
calma del extenso territorio de Nueva Es-
paña el pasajero rumor de la plebe de algún
pueblo o de alguna ciudad, amotinada por
la miseria... Las noticias de la salud de los
reyes católicos, que llegaban de tarde en
tarde, y el arribo de la nao de China a Aca-
pulco, preocupaban sólo a los desgraciados
habitantes de este país (p. 138).¹¹

¹⁰ Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en *El Museo Mexicano*, vol. IV, 1844, p. 355.

¹¹ Veinte años después Riva Palacio se enfrentará de nuevo a esta dificultad narrativa, y en la introducción al tomo II de *México a través de los siglos* escribirá: “Vanamente se buscarán en la historia de los tres siglos que abraza el período de la dominación española en México esos grandes acontecimientos que perpetua resonancia dejan en el mundo; inútilmente querrán encontrarse allí esas luchas apasionadas de los partidos políticos y religiosos; esa efervescencia de los ánimos, tan fecunda en deslumbrantes rasgos de virtudes o de valor, que caracterizan en las épocas críticas de los pueblos las grandes convulsiones de la madurez y la virilidad. Período tranquilo de crecimiento interrumpido apenas por tumultos locales y sin consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas que no tenían más resultado que el saco o destrucción de algún puerto, la vida de la Colonia se deslizaba sin ruido y sin brillo. Las noticias de

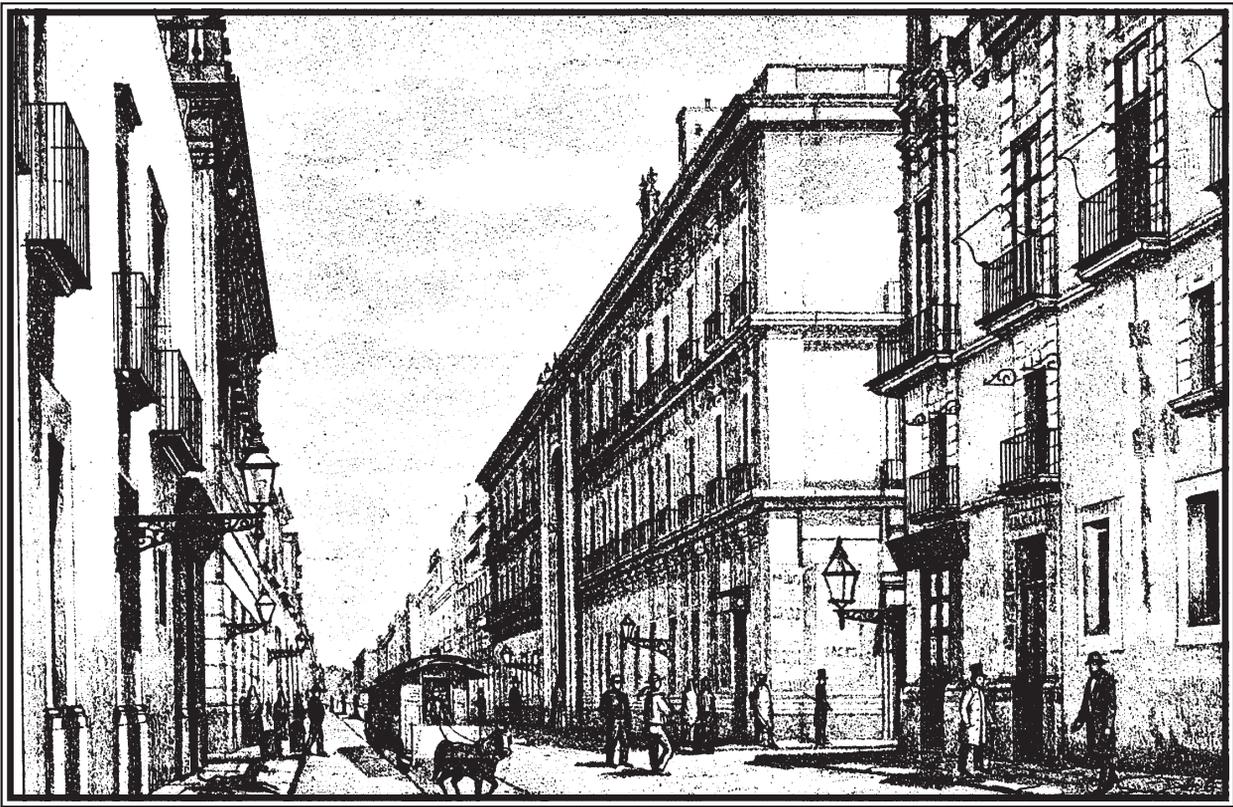
El otro aspecto que destaca el orador es el de la ignorancia en que vivía la Nueva España, sumida en la superstición y bajo la presencia ominosa del Santo Oficio. Fue postura común entre los escritores del partido liberal avanzado restarle méritos a la dominación española, y aquí Riva Palacio parece querer impresionar a su auditorio con un cuadro sombrío pasando de la exageración a la franca mentira, pues el conocía muy bien nuestra literatura colonial que alcanzó cumbres en Ruiz de Alarcón y Sor Juana. Nótese como remacha la palabra *nada* y la expresión *ni de*: “Nada de noticias de Europa; nada de relaciones con los otros pueblos del mundo; nada de imprenta, ni de libros, ni de periódicos, ni de instrucción pública. Todo era tan extraño para el gobierno colonial, como las revoluciones del celeste imperio para los antiguos habitantes de Tenochtitlan” (p. 138).

En cuanto a lo que dice del tribunal de la Inquisición habla con autoridad, por más que eso de los “mil mártires” es una gran exageración, pues en 1861 Riva Palacio había recibido la comisión del presidente Juárez de recoger del Arzobispado el archivo del Tribunal de la Fe, aún lo tenía en su poder y a pesar de la Guerra de Intervención había podido leer muchos procesos.

Otra idea que Riva Palacio quiere sembrar en el público, y que desarrollará ampliamente en sus novelas coloniales, es que, pese a todo, en la Colonia ya puede hallarse el germen del progreso: “Y sin embargo, en medio de esta calma desconsoladora y en el secreto del hogar, germinaba la idea del progreso representada por la independencia y la libertad, y más de un cerebro se calcinaba con el fuego de esta idea, alimentado con algunos trozos de los discursos de la asamblea francesa o de los publicistas europeos...” (p. 138).

Y en seguida explica la aparición de un *anciano* providencial con una metáfora, una más de las muchas que pueblan la alocución, tomadas

la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia”. *El virreinato*, t. II, Barcelona, Espasa y Compañía, impresores, 1884-1889, p. XII.



especialmente de la mitología griega o de la *Biblia*, que sirven para brindar una imagen, un ejemplo plástico de las ideas del autor, a la vez que, haciendo alternar la mexicana historia con las más célebres del Viejo Mundo, queda la nuestra colocada entre las historias principales. Esquemos:

No toda la semilla cayó sobre las rocas ni fue arrebatada por las aves del cielo. El marcado por la Providencia tenía que llegar, y llegó; y esa nación cadáver, atada como Prometeo sobre una roca y devoradas sus entrañas de oro por un buitre, como las del semidiós de los griegos, volvió a la vida repentinamente, como galvanizada por las palabras de un anciano, rompiendo como el Hércules judío las ligaduras con que la habían atado sus enemigos durante su sueño (p. 139).

No es sólo la calvicie prematura de don Miguel Hidalgo la que ha conducido a tantos historiadores a retratarlo como un anciano, siendo que tenía 57 años cuando inició su temeraria empresa y era más bien, según los retratos más fidedignos,¹² un hombre robusto. El anciano simboliza la experiencia, la sabiduría y cuanto de venerable puede un hombre aspirar a ser: el padre por antonomasia. Pero una vez adelantado el argumento de la ancianidad, Riva Palacio va más lejos y quiere vendernos a “Hidalgo, el

¹² Dice Edmundo O’Gorman: “En 1825 la ciudad de México celebra por primera vez el aniversario del 16 de septiembre con gran discurso apologético del héroe [Hidalgo]. Al año siguiente se publica en *El Iris*, también por primera vez, su retrato, y dos años más tarde, aparece de nuevo en el precioso álbum de Claudio Linati con un texto que le atribuye toda la responsabilidad y gloria de la rebelión. Se le ve de pie y de cuerpo entero vistiendo un extravagante traje de campaña, cubierta la cabeza por un sombrero de anchas alas coronado con plumas. Seguramente priva mucho la fantasía en la indumentaria, pero quizá no tanto como se ha supuesto, según noticias que hay sobre el particular. La imagen es la de un hombre robusto, más congruente con las hazañas, nos parece, que la del frágil anciano a que estamos acostumbrados”. Véase “Hidalgo en la historia”, en *Historiología: teoría y práctica* (est. introductorio y selección de Alvaro Matute), México, UNAM, 1999, p. 169.

anciano de la mirada dulce y tranquila de las vírgenes de la Escritura...” (p. 140). Por qué o para qué había de tener el jefe del ejército libertador de la América septentrional una mirada virginal es algo difícil de entender para el lector actual, y yo lamento muchísimo que Jorge Ibargüengoitia no haya incluido este rasgo en *Los pasos de López*. Vale la pena reflexionar sobre la distancia, especialmente en cuanto a sensibilidad patriótica, que nos separa del primer auditorio de Riva Palacio. Recientes, inmediatos, los sucesos de Querétaro y la ocupación extranjera, la palabra independencia tenía un sentido enteramente diferente al que hoy le damos: era el valor fundamental para la existencia de México y, por ende, de los mexicanos. Por ello idealizar al padre de la patria no requería ningún tipo de licencia y, muy al contrario, era lo que esperaba el auditorio. Pero la cosa no para aquí, con su envidiable manejo de la lengua, Riva Palacio nos dirá que Hidalgo no sólo era un anciano, sino, por añadidura, desvalido:

¡Notable coincidencia! ¡Profundo misterio en los destinos de este mundo! Un anciano virtuoso y desvalido concibe el pensamiento de dar a España un nuevo continente, inicia el pensamiento y lucha por él, y muere antes de verlo realizado. Tres siglos después otro anciano, también virtuoso, desvalido, concibe el pensamiento de arrancar de las manos de los reyes de España el imperio de México, haciendo libre a una nación. Inicia el pensamiento, y lucha y muere por él antes de verlo completamente realizado. Hidalgo y Colón. ¡He aquí dos anillos de oro que cierran una cadena de bronce, húmeda por tantas lágrimas y manchada por tanta sangre! (p. 140).

Es interesante la comparación que se hace entre Colón e Hidalgo, ancianos virtuosos y desvalidos, y me parece que sirve al propósito de darle *unidad* a la historia mexicana por vía de un mecanismo literario —propriamente, mágico y homeopático— a falta de otro recurso historiográficamente más válido; se conecta el origen y el des-

tino de México mediante los inescrutables designios de la Providencia. El discurso sigue con una sección de transición que sirve para narrar velozmente la guerra de independencia: “Terrible fue la lucha. Once veces brotaron entre sangre las flores de primavera; por once veces tendió el invierno su manto de nieve como un sudario inmenso sobre insepultos cadáveres de combatientes” (p. 140).

A continuación Riva Palacio narra el medio siglo que siguió a la independencia, el cual compara con la infancia, pero una infancia terrible y peligrosa porque “el cáncer” se introdujo en su seno en el momento de nacer; ese cáncer era la monarquía: “Entonces no hay salvación, si el niño no es Hércules que despedaza las serpientes en su cuna, o la nación no es México, que destroza con el sangriento desenlace de Querétaro esa red emponzoñada que se le tendiera desde el Plan de Iguala y que ha necesitado la vida de dos emperadores llevados al cadalso por orden del pueblo, para acabar de desaparecer” (pp. 141-142).

En efecto, el punto cuarto del Plan de Iguala preveía: “Fernando VII, y en sus casos los de su dinastía o de otra reinante serán los emperadores, para hallarnos con un monarca ya hecho y precaver los atentados funestos de la ambición”.¹³

Ya cerca del final de la oración cívica Riva Palacio denuncia la responsabilidad del clero y el partido conservador, por su adhesión al pasado y su horror al progreso. En cuanto al clero: “prefirió unirse formando el Plan de Iguala, a los independientes a quienes detestaba, antes que al gobierno de su metrópoli a quien temía, porque los primeros movimientos de la revolución y de la Reforma comenzaban a sentirse en las cortes españolas, y a tomar forma con su famosa Constitución” (p. 142).

Es decir que por más que el Plan de Iguala esté firmado por Iturbide, en realidad, nos asegura el orador, fue *formado* por el clero. Riva Pa-

lacio nos hace la confidencia de que su abuelo, Vicente Guerrero, siempre comprendió que el sistema monárquico era un imposible entre nosotros, y en cierto modo le atribuye ser el origen del partido de la democracia:

[...] el alma del caudillo suriano, del hombre de la constancia y de la fe, se elevó a la altura de la situación, y comprendió que la idea de colocar un príncipe extranjero sobre el trono de Moctezuma, debía ser siempre el aborto de la imaginación calenturienta de un partido y un clero a quienes la ambición cegaba, y cuyo espíritu embargaba el miedo. Desde aquella época, el partido de la democracia comenzó a caminar (pp. 142-143).

El orador muestra “el desatino” de Iturbide al ceñirse la corona, pues su enorme prestigio de soldado no le bastó y fue a perder la vida en el patíbulo, y he aquí una interpretación curiosa: “Merced a la traición de los mismos que concibieron el Plan de Iguala” (p. 143), es decir a la traición del clero. Esto sí nos parece un malabarrismo retórico, pues la fuerza que había adquirido el partido republicano desde la coyuntura internacional de 1808 hasta 1824, cuando Iturbide es fusilado en Padilla, es a todas luces evidente y fue el principal obstáculo del proyecto imperial de Agustín I. Cargarle el milagrito al clero debe considerarse un belicoso producto de la guerra de Reforma, un recurso retórico con muy dudoso fundamento histórico. Pero a fin de cuentas esta es una pieza oratoria, y su principal objetivo no era descubrir la verdad histórica sino persuadir al auditorio de que vivía en el mejor de los mundos posibles; debemos pues admirar las dotes oratorias de Riva Palacio.

Para acabar pronto, el clero resulta responsable de todos los males de México:

Rebosando de sangre, ávido de víctimas, sombrío y amenazador el abismo de la guerra civil, era ahondado de día en día por el partido clerical, que no descansaba en su empeño contra la libertad. Terrible Proteo, tomaba todas las formas, usaba todas las

¹³ “Plan de Iguala”, 24 de febrero de 1821, en Álvaro Matute (comp.), *México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM (Lecturas Universitarias, 12), 1993.

armas, ensayaba todos los medios, ponía en juego todos los ardides, todas las intrigas, todos los arbitrios, para detener al pueblo en su marcha, para hacerlo retroceder en su camino, y para hacerle comprender lo malo de la república; para adelantar, en fin, ese trono que soñaron los misteriosos revolucionarios que en la casa de ejercicios en México formaron el plan, que fue poco tiempo después proclamado en Iguala (p. 143).

Nada dice Riva Palacio de la ambición de los militares, ni siquiera de Santa Anna, nada de la ruina de la economía minera, nada del bandidaje, nada de los agiotistas, nada de la pérdida de Texas; todo, todo era culpa del clero, incluso las revueltas republicanas:

Tan pronto se proclamaba por ellos el centralismo y la dictadura del presidente como el tránsito natural a una monarquía, como se protegía una revolución republicana, y se soplabla el fuego de las pasiones en el corazón de sus autores para desprestigiarlos, haciéndolos presentarse ellos mismos como unos mounstros. Tan pronto se dejaba entrever la idea de una monarquía extranjera y de una intervención en algún infame opúsculo, que viniendo de allende los mares se deslizaba furtivo como un espía o un explorador; y tan pronto la idea de una guillotina y de las sangrientas ejecuciones de los republicanos de 93 en Francia, se hacía aparecer como el programa del Partido Republicano en México (pp. 143-144).

El clero, además, levantó todas las calumnias imaginables contra el partido republicano, calificándolo de “sanguinario, ignorante, débil, anárquico y plagado de la lepra de todos los vicios de la humanidad” (p. 144), ¿Cuál era el proyecto clerical? Dice el orador:

Ofrecer un imperio a Napoleón III; entregar la corona a un rey extranjero; volver a los tiempos de las conquistas, del derecho de la fuerza y del influjo decisivo de la silla

de Roma, he aquí el bello ideal que se habían formado los hombres del Partido Conservador en México, y que por una gran felicidad para nosotros, tuvo una benévola acogida y una eficaz cooperación por parte del emperador de los franceses. Felicidad digo, porque la guerra de la intervención ha probado al mundo lo que vale México (p. 144).

Riva Palacio declara definitivamente muerto el proyecto monárquico de Iguala y vincula la primera con la segunda independencia; el nombre de Zaragoza ha mantenido su fama y se ha grabado en la memoria de todos los mexicanos, lo cual lo lleva a la siguiente conclusión:

La última esperanza del partido conservador y el último nudo del Plan de Iguala, se han desatado sobre la tumba de Maximiliano. El águila de México bate libre sus alas en el espacio; y si algún día esta nación sucumbe, el día de su muerte no será el día de su ignominia; los hilos de oro de la tradición que unieron su primera con su segunda guerra de independencia, formarán la coraza que cubre su pecho, y confundidos en uno los recuerdos de esas dos luchas gloriosas, y unidos los espíritus de los grandes hombres que dieron sus vidas en esas dos épocas de terrible prueba, y fortalecidos con esos nobles ejemplos, los mexicanos podrán conservar siempre esa independencia y esa libertad evocando los nombres, siempre sagrados, de Hidalgo o de Zaragoza, de Arteaga o de Guerrero, de Salazar o de Morelos (p. 145).

El final, el remate del discurso es inmejorable; allí el general Riva Palacio asegura con toda certeza: “Pueblo: puedes estar satisfecho de ti mismo” (p. 145). Sigue haciendo alarde de sus recursos literarios, como lo es el uso repetido de la conjunción “y” para acumular cargo sobre cargo y formar un torrente al ponderar lo que diría el espíritu de Hidalgo a los intervencionistas de la víspera:

Si hace un año el orador de esta fiesta cívica, que como un falso sacerdote profanaba los misterios de nuestro culto patriótico, hubiera evocado el espíritu de Hidalgo, y este se hubiera presentado en medio de aquel aparato de aquella fiesta, y cuando la intervención descansaba con sus ejércitos, y sus empleados, y sus carros, y su corte, y su emperador, y sus esclavos, y sus traidores, a la sombra de nuestros palacios, de nuestros templos y de nuestros bosques profanados; entonces, ese espíritu podría haber dicho a ese orador como el Señor dijo a Caín: “¿qué hiciste de tu hermano?” Podría haberle preguntado: “¿qué habéis hecho de la independencia que os legué?” Y él, trémulo, confuso, avergonzado, hubiera tenido que caer con la frente entre el polvo, y gritando: “¡Perdón!” Pero si hoy esta sombra serena y majestuosa se alzara entre nosotros y me dijera “¿qué ha hecho ese pueblo de la libertad que le legué?” Yo, en nombre de vosotros, henchido el pecho de ese santo y noble orgullo que cada uno de vosotros abriga, fijos mis recuerdos en el pasado, mi vista en el presente y mi fe en el porvenir, le contestaría: “Defenderla, reconquistarla, consolidarla” (pp. 145-146, cursivas mías).

Sobre el discurso cívico de 1867 sólo resta mencionar una ausencia notable: los Estados Unidos. En efecto, nada se dice de la guerra con aquel país y menos aún se menciona el apoyo decisivo que de él recibió la causa republicana en su lucha contra los enemigos de dentro y de fuera.

Un novelista de la generación de *El Renacimiento*

En 1867, a sus 35 años, Riva Palacio estaba perfectamente preparado para ser novelista. Había recibido una esmerada educación clásica que le permitió escribir una quincena de dramas al alimón con Juan A. Mateos en los tormentosos años de 1861 y 1862. Tenía además una buena expe-

riencia de vida por las muchas relaciones de su familia, por sus pininos en la política —regidor, diputado— y especialmente por su experiencia de guerra. Cinco años como guerrillero, literalmente a salto de mata, le permitieron entrar en estrecho contacto con ese *México profundo* del que habla Guillermo Bonfil y contrastar el áspero mundo rural con su muelle existencia en la ciudad de México, todo ello teniendo como escenario la fabulosa geografía de Michoacán, y una guerra en que se disputaba la existencia misma de la nación. Y luego el triunfo ¡qué triunfo! El más grande que ha conocido México. Cuando se ganó Puebla el 5 de mayo Porfirio Díaz se paseó por la noche entre los muertos para convencerse, según escribe en sus *Memorias*, de que la victoria no era una ficción. ¡Vencer a Francia en el siglo de Napoleón!

Desceñirse la espada victoriosa, como ha dicho Vicente Quirarte,¹⁴ para pulsar la pluma y escribir *literatura nacional*, ese caro proyecto lentamente construido desde antes de la Academia de Letrán (1836) y que en 1867 cristalizó en las Veladas Literarias, muchas de las cuales se celebraron en casa de Riva Palacio; alternar las horas del día entre la redacción de *La Orquesta* (de oposición, faltaba más), la Suprema Corte de Justicia y el *dictado* de sus novelas; levantar el velo que ocultaba el terrorífico aparato de la Santa Inquisición, trasunto de los documentos originales que tenía en su poder y concluir que las cortes marciales del Imperio mataron más gente; fumar un cigarrillo tras otro sin sospechar que el poeta moriría sin voz, fulminado en Madrid en 1896 por el cáncer de garganta; tal era el tren de vida de Riva Palacio después del triunfo de Querétaro.

Estimulado por la euforia de la victoria y por el vigoroso movimiento literario del momento, don Vicente escribiría siete novelas históricas

¹⁴ Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. VI. *Calvario y Tabor* (est. preliminar Vicente Quirarte), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 1997.

en cinco años,¹⁵ seis de ellas de tema colonial.¹⁶ En *Calvario y Tabor*, su primera novela, narra sus experiencias de guerra pero él hace *mutis* para destacar el papel de guerrilleros como Nicolás Romero, gente humilde del pueblo que dio la vida por una causa que sintieron propia. Como en todas sus novelas abundan los episodios truculentos y las muertes horribles, cosa que tanto disgusta a los puristas, a ellos responde Mariano Azuela diciéndoles que él ha leído con más gusto las novelas de Riva Palacio que las de ¡Thomas Mann! porque él lee novelas para entretenerse, no para hacerse sabio.¹⁷ En las novelas coloniales el gran personaje es la Inquisición, pero el tema dominante, el telón de fondo frente al cual desfilan todos los demás personajes es siempre un asunto relacionado con la independencia nacional. Ya lo dije en otra parte:

¹⁵ Sobre las novelas rivapalatinas son indispensables los trabajos de Leticia Algaba: *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-Azcapotzalco (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Serie Literatura) 1997; “Una novela de Riva Palacio en entredicho”, en *Secuencia*, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 43-58; “Los protagonistas de *Monja y casada, virgen y mártir*”, en *Literatura Mexicana*, vol. VII, núm. 2, 1996, pp. 335-350. Véanse también los trabajos fundamentales de María Teresa Solórzano Ponce: “La historia como material compositivo de las novelas de Vicente Riva Palacio”, en *Secuencia*, núm. 35, mayo-agosto de 1996, pp. 23-42; “La novela teatralizada de Vicente Riva Palacio”, en *Literatura Mexicana*, vol. VII, núm. 2, 1996, pp. 351-363. Para la teoría literaria de Riva Palacio la interpretación canónica sigue siendo la de Clementina Díaz y de Ovando, *Un enigma de los Ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, México, UNAM (Ida y regreso al siglo XIX), 1944.

¹⁶ *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, Manuel C. De Villegas y Compañía, editores, México, 1868. *Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición*, Manuel C. De Villegas, editor, imprenta de la Constitución Social, México, 1868. *Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición*, México, Manuel C. De Villegas, editor, 1868. *Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición*, Manuel C. De Villegas, editor, Tomás F. Neve, impresor, México, 1869. *La vuelta de los muertos. Novela histórica*, Manuel C. De Villegas, editor, México, 1870. *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México. Novela histórica*, Manuel C. De Villegas, editor, México, 1872.

¹⁷ Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, México, Botas, 1947, p. 93.

El tema principal de *Calvario y Tabor* es la lucha por la independencia y contra la Intervención Francesa en Michoacán, en *Monja y casada* lo es el tumulto de 1624 y la caída del virrey como antecedente del potencial revolucionario del pueblo, en *Martín Garatuza* la supuesta conjura de los criollos para derrocar al gobierno español, en *Los piratas del Golfo* los imaginados planes para arrebatar a España las islas del Caribe y la Nueva España, en *Las dos emparedadas* el fallido intento de *El Tapado* para liberar a México del yugo hispánico, en *La vuelta de los muertos* la fracasada rebelión de los indios contra la corona española y, por último, en *Memorias de un impostor* la soñada revolución del irlandés Lampart.¹⁸

El propósito aparente de Riva Palacio al escribir sus novelas coloniales fue mostrar los horrores de la Inquisición como botón de muestra de las supuestas “bondades” del antiguo régimen, todo para apuntalar las ideas liberales del día. Pero de alguna manera el novelista fue cautivado por nuestra historia colonial y comprendió que esos tres siglos no fueron un mero episodio contingente sino, al contrario, una etapa decisiva y consustancial de nuestra historia, pues, según dirá años más tarde en el *México a través de los siglos*, en ella es donde se halla la “embrogenia y morfología” de México. A la vez, rompió la dicotomía convencional entre indigenistas y colonialistas, es decir, entre aquéllos que sólo veían como legítima ya la aportación indígena, o bien la colonial; fue una hazaña cultural considerable construir la idea integradora de que

¹⁸ José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE/Instituto Mora, 2004, p. 99; más pormenores y referencias sobre las novelas pueden consultarse en mi trabajo *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Mora, 1993; para la vida del autor véase mi bosquejo biográfico “*Patria, tu ronca voz me repetía...*” *Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, IIH-UNAM/Instituto Mora, 1999.

los mexicanos podían estar orgullosos lo mismo por ser descendientes de Cuauhtémoc, que por serlo del Cid. Queriendo mostrar el cruel cautiverio al cual sometía el tribunal de la fe a los desviantes, Riva Palacio termina cautivado por los procesos de mestizaje y de integración cultural que se gestan en los tres siglos de la dominación española: nacía un historiador.

En última instancia, lo que el autor ofreció a los lectores de sus novelas fue una visión moderna del *proceso histórico* mexicano, una demostración de que el triunfo de los liberales obedecía a profundas fuerzas históricas. A pesar de que las novelas condenan la intolerancia, el despotismo y la represión que ejerció la Corona a través de instituciones como la Inquisición a lo largo de la época colonial, queda en el lector la idea de que México siempre ha tenido quien luche por su independencia y su libertad, desde Cuauhtémoc hasta Guillén de Lampart, o mejor aún, hasta Juárez. La causa de los liberales queda así convertida en “la verdadera” ruta del destino nacional.

El discurso de 1871

¿Por qué repitió Riva Palacio en su papel de orador oficial en las celebraciones? Bueno, no había nada que lo impidiera y a él le gustaba hablar en público y recibir aplausos. Pero, en mi opinión, lo decisivo fue que era nieto de Guerrero. En su archivo personal consta que él y sus hermanos siempre eran invitados oficiales a las celebraciones, es decir que a través de ellos se honraba al caudillo sureño. Nada mejor, entonces, que el orador oficial fuera un Riva Palacio y Guerrero quien, por añadidura, tenía méritos propios por sus combates en nuestra segunda guerra de independencia. Además tenía, como veremos, nuevas cosas que decir.

El segundo discurso, en su forma, es muy distinto al primero. El tono es más medido y se recurre menos a las interjecciones, también es menos frecuente el uso de las metáforas, pero éstas persisten. En conjunto el segundo discurso es más cerebral y menos emotivo, se acerca más

al género del ensayo y se preocupa menos por impactar al auditorio que en aquel 16 de septiembre lo escuchaba.

El discurso de 1871¹⁹ comienza señalando que México es una “nación atleta” que desde la cuna “ha crecido y se ha desarrollado en medio de los combates”, y en seguida maneja una dialéctica de oposiciones, fácil de captar, y obtiene una historia plena de dramatismo al señalar que el 16 de septiembre es la ocasión para detenerse un momento en el camino y contemplar serenamente: “Todo ese camino que dejamos atrás regado de sangre y de lágrimas, pero también cubierto de laureles; y todo ese inmenso horizonte, luminoso en algunas partes, negro y tempestuoso por otras, lleno de terribles amenazas y de consoladoras esperanzas, en calma y agitado, vertiginosa cima algunas veces, encantada y floreciente llanura otras...” (p. 59).

Pondera luego la dificultad ante la que se halla pues “para cantar las glorias y la independencia de un pueblo, se necesitaría la pujante voz de la tempestad”; no obstante, el espíritu de un hombre se levanta, por pequeño que éste sea, cuando “su voz es la palabra de un pueblo”, cuando sus palabras despiertan “*el amor de la patria*, amor tierno y dulcísimo algunas veces como la brisa de la tarde, terrible y conmovedor otras como el aliento del huracán, pero que vive siempre al lado de ese santo amor, del amor de la madre” (p. 59).

Riva Palacio establece a continuación la guía metodológica de su análisis que es también la dialéctica de dos opuestos, que son los dos grandes partidos en que, a su parecer, se ha dividido siempre la humanidad. En efecto, desde los tiempos más remotos, a donde no alcanza la luz de la historia y sólo los conocemos con los atavíos de la leyenda:

¹⁹ “Discurso del 16 de septiembre”, en Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. IV. *Ensayos históricos* (comp. y est. preliminar José Ortiz Monasterio), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 1997, pp. 58-72. Publicado originalmente con el título de *Discurso pronunciado por el general Riva Palacio en la capital de la república el 16 de septiembre de 1871*, México, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, 1871.

La humanidad se ha dividido en dos grandes partidos, en dos grandes principios, en dos grandes elementos que, luchando y combatiendo a cada paso, y vencedores o vencidos, y dueños del campo y gobernando al mundo entre el fausto y la opulencia, o tramando en el silencio misteriosas y terribles conspiraciones, han dirigido el destino de los pueblos, han impreso su sello a las épocas de la historia, y han sido el día y la noche, la luz y las tinieblas de la humanidad. *El principio del retroceso y el espíritu del progreso han compartido alternativamente el reino de la tierra...* (p. 60, cursivas mías).

Y para dar una idea de la antigüedad de este proceso dialéctico pone el ejemplo de Prometeo, robando el fuego de la inteligencia a los dioses, y el de Eva, haciendo comer a Adán el fruto del árbol de la ciencia. Los hombres, en este proceso, “se dividen instintivamente, anhelando unos el bien y la felicidad de los pueblos en las conquistas que esperan hacer en el porvenir, soñando otros la felicidad y la fortuna como la emanación directa de las viejas instituciones, de las pasadas y olvidadas costumbres y de las ya gastadas tradiciones” (p. 60). Entonces, buscan unos la permanencia de lo viejo y ya probado, y otros la llegada de lo nuevo e inédito, se enfrascan en una lucha incesante, no carente de violencia, de la que brota “la luz rojiza, como el reflejo de un incendio, porque es luz de sangre y de rencor” (p. 60). Y esta lucha marca el avance de la humanidad porque cada combate es un paso: “paso del que jamás retrocede y que es siempre un avance, porque tal es la ley eterna, que aun el mismo triunfo de las ideas retrógradas, por más que aparezca como contrario al adelanto, hace marchar siempre el mundo en su camino de progreso y civilización” (p. 60). El proceso de la lucha de los opuestos es, pues, siempre ascendente, aun cuando parezca lo contrario.

Un gesto de gran historiador es cuando Riva Palacio *historiza* el papel de los agentes históricos, con lo cual su idea del progreso por la lucha de los contrarios es aplicable no sólo a una época

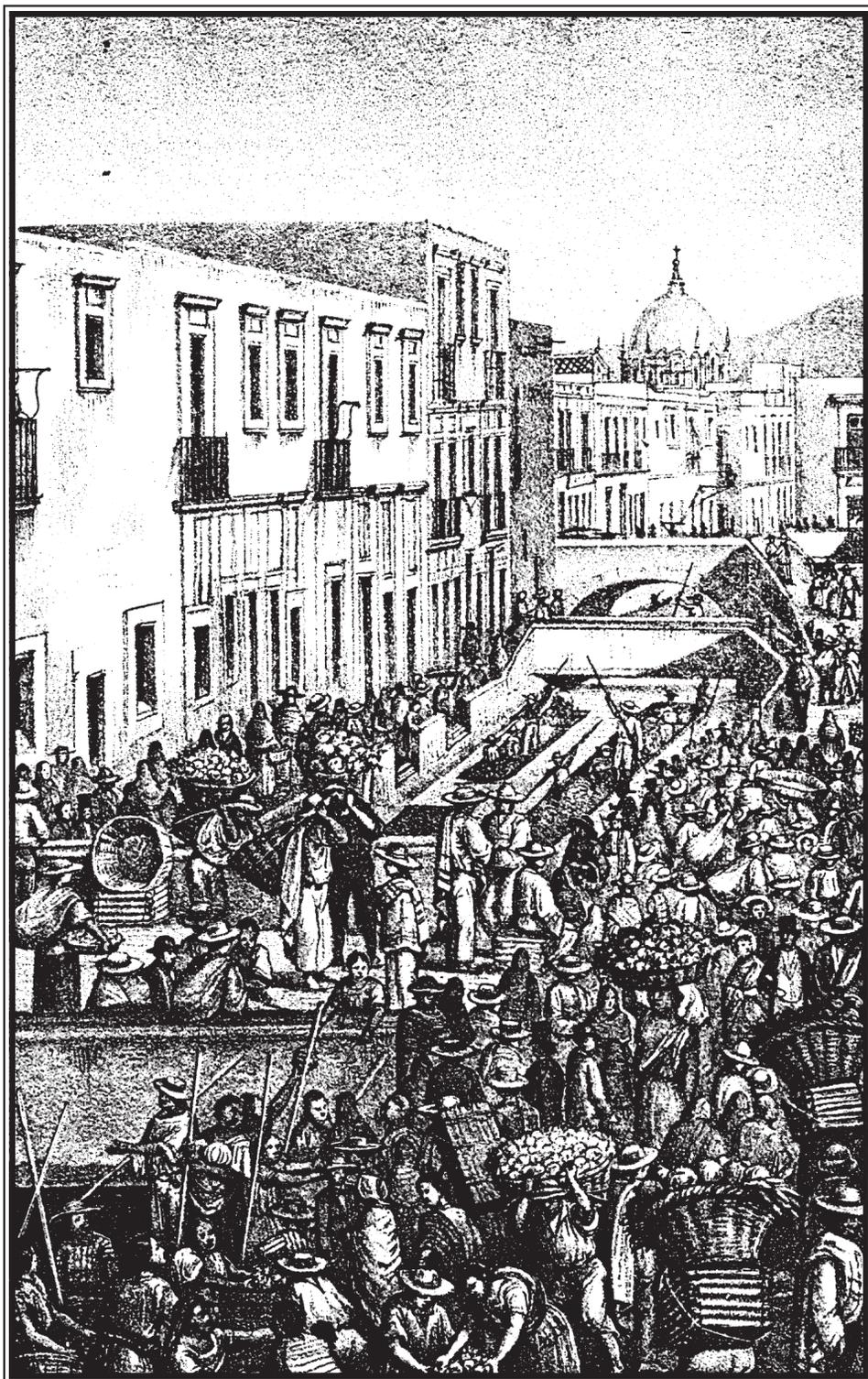
histórica sino al conjunto del acontecer humano. Dice el orador:

Las ideas del retroceso y del adelanto no se muestran siempre a la luz del sol bajo sus mismas formas, ni se engendran inexorablemente en los cerebros de sus mismos partidarios: son como dos serpientes que luchan, se deslizan entre la oscuridad, se enlazan entre sus anillos hasta que, a veces, no pudiendo distinguirse la una de la otra, se estrechan y se confunden. *El clero mismo*, considerado en los tiempos modernos como el enemigo de la Ilustración, de la democracia y la soberanía del pueblo, como el partidario del absolutismo, de la teoría del derecho divino y de la aristocracia de la sangre, *ha sido, sin embargo, en la época del bajo Imperio, el fiel depositario y el ardiente propagador de la ciencia...* (pp. 60-61, cursivas mías).

Hay dos épocas, asegura Riva Palacio, en que la verdad de estas teorías brilla especialmente: la época de la conquista y la de la independencia de América. Y aquí introduce un elemento explicativo que no está presente en el discurso de 1867: la conquista y la independencia no son hechos aislados entre sí y sin liga cuya influencia se limite a tal o cual nación; todo lo contrario, pues forman parte de un grande y único proceso de alcance planetario:

La conquista y la idependencia de México no deben considerarse como hechos aislados, influyendo sólo en un pueblo y en una nación, sin liga, sin relaciones, sin consecuencia en toda la América y en el resto del mundo, no; la conquista y la independencia de nuestra patria forman parte de nuestro grandioso todo, de esa inmensa obra de la humanidad que ha hecho del continente americano el lugar escogido por la libertad, por la república y por la democracia para plantar su imperio (p. 61).

Hoy es más fácil contemplar y explicar en conjunto la conquista y la emancipación de Améri-



ca; en la época de Riva Palacio, época de oro del nacionalismo, todos los ojos miraban las peculiaridades de cada país y esta visión hemisférica del orador es una muestra más de la originalidad y el gran alcance de sus ideas. Fue así que: “Toda la América fue conquistada casi a un mismo tiempo, como toda casi al mismo tiempo se hizo libre...” (p. 61).

La conquista “fue hija de un principio monárquico y religioso intolerante” (p. 61-62) donde el capricho de un soberano, “apoyado en una concesión del pontífice romano, bastaba para convertir a una nación independiente en colonia, a un pueblo libre en tributario, a un país feliz y tranquilo en sumiso y desgraciado esclavo...” (p. 62). Pero no debe culparse a aquellos soldados, sacerdotes y reyes que no hacían otra cosa que seguir “el espíritu de la época” y ceder a las “ideas de su siglo” (p. 62). De hecho:

[...] con toda la buena fe del fanático en sus creencias políticas y religiosas, seguían el camino natural marcado al progreso de la sociedad, y eran, sin conocerlo ellos mismos, los más entusiastas y constantes obreros del porvenir de la humanidad, y que preparaban, sin comprenderlo, el triunfo lento pero seguro de la democracia y de la república abriendo, con el regio aparato de los dogmas del derecho divino, ancho paso al sagrado principio de la soberanía popular (p. 62).

En seguida Riva Palacio explica que Europa no era el lugar a propósito para ser escenario de los nuevos caminos de la humanidad, pues “la república y la democracia eran plantas exóticas en el antiguo mundo” (p. 62), donde pesaba mucho la tradición de los césares, los señores feudales y donde se unía la idea de rey con la de Dios; hacía falta un continente nuevo “y una raza que hubiera perdido hasta las costumbres y los hábitos de los pueblos monárquicos” (p. 63).

La América era ese continente predestinado: la raza debía formarse de la mezcla, de la amalgama de conquistadores y conquistados, de vencedores y vencidos, de señores y

de tributarios; y para esto, era necesaria la conquista, era necesario que los soldados de los monarcas del viejo mundo vinieran a echar por tierra las instituciones monárquicas del nuevo, que los principios de absolutismo y de gobierno hereditario vinieran a borrar hasta el recuerdo del absolutismo y del gobierno hereditario, y que los mismos sostenedores del derecho de conquista vinieran a soplar el fuego de la independencia, convirtiéndose así, de terribles enemigos, en poderosos auxiliares de la libertad (p. 63).

Tenemos aquí dos elementos importantísimos que no conocíamos en Riva Palacio y que deben sin duda atribuirse a la factura de sus novelas históricas: el mestizaje como crisol donde se forma la nueva raza apta para la democracia²⁰ y la decisiva misión histórica de los conquistadores, que consistía en echar abajo las monarquías indígenas; nuevamente aquí hay algo de homeopático, de aquel principio de Hahnemann de que “lo semejante cura lo semejante”. Al introducir estos dos elementos en el proceso histórico atizan “el fuego de la independencia” y se convierten en “poderosos auxiliares de la libertad”, he aquí su misión histórica fundamental. Añade Riva Palacio:

Y así sucedió. Los monarcas, que sin más ley que su capricho, sangriento y terrible las más veces, gobernaban los antiguos pueblos de la América, cayeron al empuje de los soldados de Cortés, de Pizarro y los Almagros; *desapareció la monarquía para dar lugar a la colonia*. Pero esas colonias eran gobernadas por virreyes, por adelantados o por capitanes generales que duraban pocos años en el poder, y que eran exaltados o destituidos caprichosamente por la corte de España (p. 63, cursivas mías).

²⁰ La ponderación del mestizaje indicaría que si bien Riva Palacio se está refiriendo a la América en su conjunto, sus ideas tienen especial aplicación a la América Latina que es donde la mezcla de razas fue un fenómeno generalizado e incesante.

Es decir que, según argumenta el orador, la condición de colonia es muy distinta a la de una monarquía propiamente dicha pues:

Temerosos siempre de su porvenir, acatando serviles la voluntad de su señor, pendientes de la gracia de los favoritos del rey, y temblando cada vez que un buque de la metrópoli surcaba las aguas de la colonia, aquellos gobernantes, expuestos a las acusaciones de sus mismos empleados, no eran ni la sombra de un monarca: los pueblos de la América se acostumbraron a no ver en ellos más que hombres sujetos a la voluntad de otros hombres. Nada de sagrado, nada de Dios, nada de derecho divino aprendieron en aquella dominación, que mientras más terrible era y más despótica, más les hacía comprender que eran los hombres y no el derecho de la herencia los que podían formar de un semejante suyo un déspota o un padre de los pueblos, un tirano o un bienhechor, pero en todo caso, un gobernante, virrey o adelantado, corregidor o capitán general (pp. 64-65).

Qué hábil es con la lengua Riva Palacio y qué buen orador, qué persuasivo. Sí, porque se concentra en la figura del virrey o el corregidor y no nos dice que Carlos V era tan rey de España y de Flandes como monarca de sus posesiones americanas. Y en los tres siglos de la dominación no todos los gobernantes, por cierto, temblaban cuando un buque español surcaba las aguas costaneras. Pero lo fundamental es apreciar cómo la experiencia de escribir novelas enriqueció su visión histórica y, otro punto clave, es aquilatar que su apreciación de los tumultos y motines se modificó radicalmente, los cuales, como hemos visto, tienen una importancia capital en las novelas, al punto de convertirse en el tema central. En el discurso de 1871 dice el orador:

Los tumultos, tan comunes en las colonias, enseñaron a los pueblos que había en ellos un poder, un derecho, una fuerza latente que trataba de ocultárseles, pero que exis-

tía y que esgrimían como una arma los mismos que se la negaban. Los pueblos entonces comenzaron a comprender que eran algo que no creían; comenzaron a comprender, que sus opresores eran menos de lo que ellos presumieron (p. 64).

Riva Palacio asegura que en América sólo se conoció la monarquía por su lado más odioso: “por el de la guerra, por el de las persecuciones, de la esclavitud, del estanco, de los impuestos, de los azotes, de la picota y de los autos de fe del Santo Oficio”; aquí nada se conoció del esplendor de las cortes que da a los monarcas un halo de divinidad, ni nada se supo de la “magnanimidad” de los príncipes, es decir, de esos gestos de perdón o largueza que hacen sentir a los pueblos que tienen en el monarca a un protector. Así, día a día, durante trescientos años se “preparó el terreno a la democracia, a la independencia y a la república, minando y desmoronando hasta los últimos restos de monarquía y poder absoluto” (p. 64).

Si el orador, con ánimo de persuadir a su auditorio, generaliza demasiado o peca con alguna inexactitud poco importa. Lo fundamental es la conexión de propósitos que plasma entre la conquista y la independencia; lo que consigue es nada menos que una visión *integral* de la historia americana, un hilo conductor que atraviesa las épocas, si bien cada una con un carácter propio, el cual nos indica que se trata de un único proceso:

Bajo la cincelada borgoñota de Carlos V, bajo la severa ropilla de Felipe II, los modernos apóstoles de la democracia habían tenido colaboradores, y los ilustres héroes de nuestra independencia, infatigables obreros que comenzaron trescientos años antes a preparar el desenlace de ese grandioso drama que se llama la independencia de México, de esa sublime epopeya que se llamó la libertad del Nuevo Mundo, de ese gigantesco paso de la humanidad que se llama y se llamará por muchos siglos la democracia en la América (pp. 64-65).

La historia colonial americana es, en su tiempo, parte de la historia de España, pero lo que resulta más trascendental es que es también el germen de ese porvenir que Riva Palacio dibuja luminoso del progreso y la civilización: la democracia en América. Al insistir el orador en la dimensión continental del fenómeno nos recuerda que la independencia no es sólo la gesta que se inició en el pueblo de Dolores, sino un proceso inédito y sin duda el más grande de la historia universal, pues la democracia ganó: “No una ciudad, un pueblo, una nación, sino una inmensa muchedumbre de pueblos y de ciudades, una fabulosa cadena de naciones, que unidas entre sí por la eterna y majestuosa cordillera de los Andes, iban a dar al asombrado mundo el ejemplo hasta entonces desconocido en la historia, de un continente democrático y republicano” (p. 65).

Estrictamente hablando, esta idea de América de Riva Palacio debe considerarse como un momento culminante del proceso que don Edmundo O’Gorman ha denominado *la invención de América*. En efecto, al cobrar conciencia los conquistadores de la existencia de un Nuevo Mundo, del cual no mencionaban palabra ni los libros sagrados, ni los autores clásicos, ni Marco Polo se vino abajo la visión antigua de un universo cerrado, geocéntrico y del *orbis terrarum* constituido por sólo tres continentes: Europa, Asia y África. El llamado “descubrimiento” no fue sino:

El primer episodio de la liberación del hombre de su antigua cárcel cósmica y de su multiseccular servidumbre e impotencia, o si se prefiere, liberación de una arcaica manera de concebirse a sí mismo que ya había producido los frutos que estaba destinada a producir. No en balde, no casualmente, advino América al escenario como el país de la libertad y del futuro, y el hombre americano como el nuevo Adán de la cultura occidental.²¹

Del plano abstracto y general en que viene argumentando Riva Palacio transita al de la narra-

²¹ Edmundo O’gorman, *La invención de América*, 2a. ed., México, FCE (Tierra Firme), 1986, p. 95.

ción y, con un lenguaje envidiable, retrata cómo “el primer grito de libertad se escuchó en la América... era que se iban a dar un terrible combate las repúblicas nacientes y las envejecidas monarquías” (p. 65). México necesitaba un caudillo y lo halló en Hidalgo, cuya lucha será continuada por Morelos y Guerrero, “esa trinidad de genios” (p. 66). Y lo que es una realidad palmaria para su persona Riva Palacio la extiende a todos al decir que ésta es una historia íntima, familiar, al preguntar ¿quién no ha escuchado: “... reclinada la cabeza sobre el blando regazo de una madre amorosa, referir a los viejos amigos de la familia esa historia siempre repetida y siempre nueva para los corazones bien formados, la historia de la independencia de nuestra patria?” (p. 66). También es una historia viva y cargada de sentimentalismo, rasgos que caracteriza inmejorablemente el “tipo” del veterano, al cual alude Riva Palacio en su discurso, personaje muy característico de nuestro siglo XIX y al que el orador dedicaría un artículo en la prensa al año siguiente.²²

Diez años duró la lucha, hubo combates por todas partes y se derramó mucha sangre que fue “el agua lustral²³ de México, que purificado apareció el día de su apoteosis a tomar su lugar en medio de las naciones libres” (p. 67). Desde entonces nació la república y la monarquía se hizo imposible; el imperio de Iturbide fue sólo “el error de un pueblo niño” (p. 67). Casi medio siglo después fracasaría la segunda intentona monárquica, la de Maximiliano. Al parecer, Riva Palacio intenta convencer a su auditorio de que América, y México en particular, está predestinado para la democracia y la república. ¿A quién quiere convencer? Obviamente no a sus correligionarios, que ya están plenamente convencidos, entonces por fuerza debe dirigirse a los partida-

²² “El veterano”, en Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. X. *Periodismo. Primera parte* (comp. y est. preliminar Teresa Solórzano Ponce), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 2002, pp. 217-223. Artículo publicado originalmente en *El Correo del Comercio*, segunda época, núm. 493, septiembre 29 de 1872, p. 3.

²³ Agua sagrada con la cual los antiguos rociaban a las víctimas de los sacrificios.

rios de la monarquía. Aquí veo una coincidencia de propósitos con sus novelas históricas que buscan divulgar el evangelio liberal; es decir, el triunfo militar ya se había consumado, pero aún hacía falta conquistar las conciencias de los derrotados. Este aspecto fue finamente percibido por doña Clementina Díaz y de Ovando, quien nos recuerda que gran parte del público de las novelas eran las mujeres:

A esa mujer, incansable lectora de novelas, Riva Palacio forzando su sentimentalismo, su inclinación a compadecerse, a llorar, quería hacerla aceptar la moraleja de su novela. Con suerte la curiosidad femenina llevaría a leer *Monja y casada* y *Martín Garatuza* a algunas jóvenes y lindas “mochitas”, esas que veían con horror a los liberales por considerarlos herejes... [que] aún podían tener la enmienda, que era ya imposible para sus papás; echarles por tierra las versiones negativas sobre los principios de la Reforma, que esas “mochitas” solían escuchar con demasiada frecuencia en el confesionario y en el círculo familiar. En cuanto a las “chinacas” se afirmarían orgullosamente en sus convicciones.²⁴

El orador continúa su labor persuasiva aseverando que si la opresión y la tiranía han llegado a enseñorearse de los pueblos de la América, los tiranos “tiemblan ante la idea de apellidarse reyes y de llamarse majestades” (pp. 67-68). En este continente, asevera, hay repúblicas inmensas y otras minúsculas, las hay prósperas y también las hay destrozadas por la guerra civil y la anarquía pero, con la excepción del Brasil:

[...] siempre gobernadas bajo el sistema republicano, a pesar de los sordos trabajos

²⁴ Clementina Díaz y de Ovando, “La novela histórica en México”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, t. XXX, 1971-1976, p. 182. Otra obra fundamental de la misma autora es *Vicente Riva Palacio y la identidad nacional*, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, leído el 13 de junio de 1985, México, UNAM, 1985.

del partido reaccionario, a pesar de las intrigas de los reyes y de los emperadores, que... han llegado a enviar hasta las playas del nuevo continente ejércitos que vinieran a plantar aquí una monarquía y a formar un trono con sus bayonetas. Inútiles esfuerzos: los soldados que venían buscando la monarquía, regresaban a su país llevando la idea de la república (p. 68).

Riva Palacio introduce luego una metáfora que me parece prodigiosa, pues tiene la rara virtud de plasmar una imagen muy moderna que tiene a la vez el sabor y la fuerza de las hazañas mitológicas: “Franklin, arrebatando el rayo a las nubes para ponerlo en manos de los hombres, simboliza la América arrancando el poder de manos de los reyes para ponerlo en las manos de los pueblos” (p. 68).

Concede luego que hemos cometido errores, especialmente la guerra fratricida que ha conducido al patíbulo a hombres “que hoy glorificamos” (p. 69); aquí de seguro está pensando Riva Palacio en su abuelo materno, pero también en Iturbide.²⁵ La única disculpa es ponderar que el pueblo que esté libre de ingratitudes, que lance la primera piedra.

Insiste el orador en lo dicho en el discurso de 1867: un pueblo que no ha atravesado por una senda dolorosa no sabrá aquilatar su libertad, porque: “Para comprender la grandeza de un pueblo, sus virtudes y su derecho de ser independiente, libre y soberano, es necesario conocer también los dolores, los sacrificios y las lágrimas de ese pueblo en su penosa peregrinación desde la infancia a la virilidad” (p. 69).

²⁵ En otra obra, publicada en los años 1870-1871, Riva Palacio escribe: “Guerrero e Iturbide consumaron la independencia, y ambos, con el pretexto de que atacaban a un gobierno legítimo, expiraron a manos de sus mismos conciudadanos. No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero; pero en cuanto a la de Iturbide, exclamaré siempre que fue la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mexicana. Iturbide reportaba, si se quiere, el peso de grandes delitos políticos, venía a conspirar a la república, bien; ¿pero no hubiera bastado con reembarcarlo?”. Véase, “Iturbide”, en *El libro rojo*, México, Leyenda, 1946, p. 352.

En seguida hace una referencia a las rebeliones que podría ser una alusión a los asuntos del día, en efecto dice Riva Palacio: “todas las rebeliones han muerto y morirán en lo adelante... y si en nuestra historia se registran cien revoluciones y se leen con indignación cien rebeliones, aquéllas marcan los pasos de una sociedad que camina sin detenerse a la civilización y al progreso; éstas son el recuerdo de otros tantos triunfos del pueblo sobre los que han querido convertirle en ciego y dócil instrumento de sus caprichos y de sus pasiones” (p. 69). Recuérdese que en febrero de 1870 Sóstenes Rocha había derrotado la rebelión zacatecana de Trinidad García de la Cadena; el mismo Rocha fue encargado de sofocar, en mayo de 1871, la rebelión tamaulipeca contra la reelección de Juárez; posteriores al discurso fueron las rebeliones de Miguel Negrete en la Ciudadela, la de Porfirio Díaz en La Noria y la de Gerónimo Treviño en La Bufa, Zacatecas, todas ellas animadas por el propósito de derrocar a Juárez.

Acercándose ya al final de su discurso Riva Palacio contempla el presente y no esconde sus dificultades, aún hay mucho que conquistar: “pero esto prueba que las obras de los hombres son siempre capaces de perfeccionarse, deleznales y fáciles de destruirse; prueba que el progreso no tiene ‘hasta aquí’, prueba que la humanidad no nació para el descanso sino para la lucha” (p. 70). Este párrafo es interesante, pues demuestra que si bien para Riva Palacio la república y la democracia son la meta del progreso, esto no obsta para que la humanidad, en el futuro, se plantee metas superiores.

Confirma el orador su americanismo considerando superiores a los próceres del Nuevo Mundo, frente a los Cincinatos, los Vercingétorixes, los Viriados, los Aníbalas y los Escipiones. De paso recalca que las repúblicas del Viejo Mundo son pálido reflejo de las que el progreso ha traído al mundo de Colón:

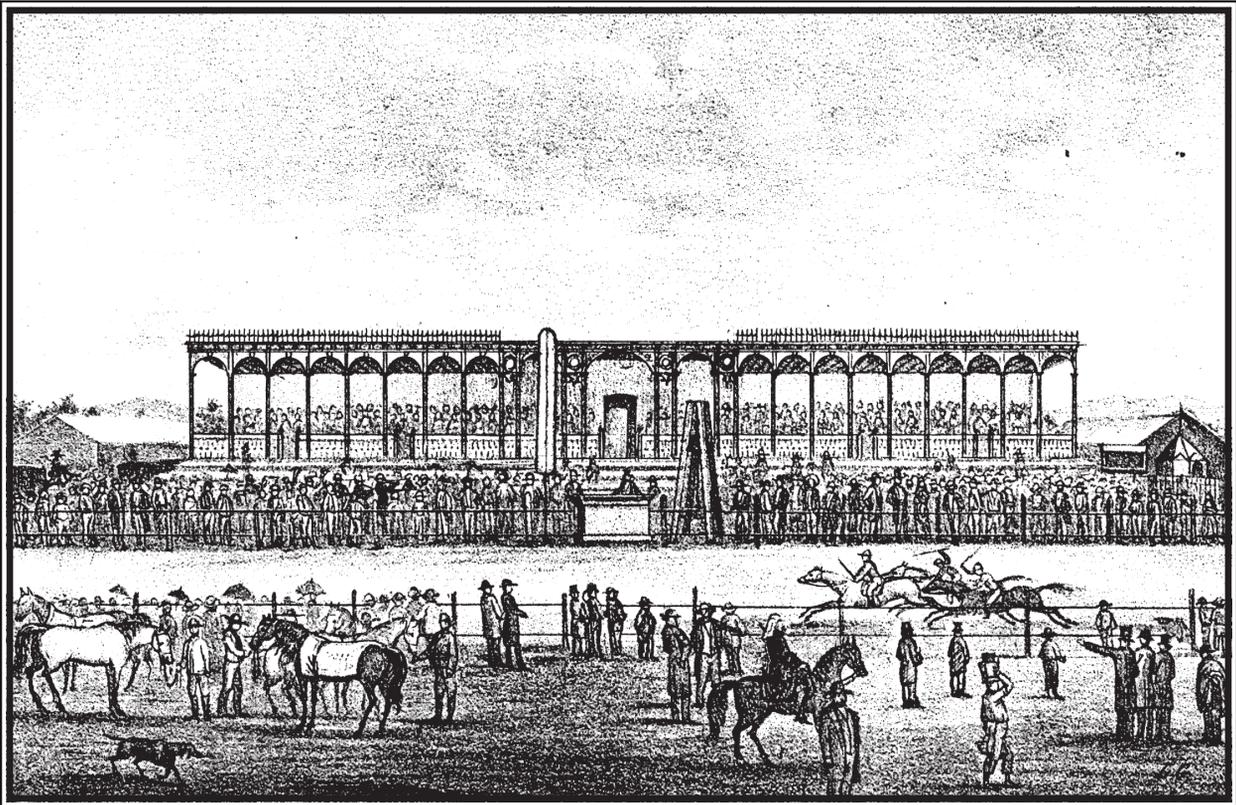
Las repúblicas de América son las únicas que han puesto la corona de la soberanía sobre la cabeza del pueblo, de ese antiguo destronado que se movió en los primeros

tiempos de Roma, que protestó en los municipios de España, que se indignó en la revolución francesa, y que se ha glorificado en las naciones de América. Las repúblicas de Roma fueron el galvanismo, la ilusión y el ensayo; las de Francia la poesía, la pasión, el vértigo; las de América la realidad, la lógica, la filosofía (p. 70).

Y debemos aceptar que Riva Palacio se muestra profético cuando dice: “El porvenir es de la democracia: el vapor y la electricidad llevarán del Nuevo Mundo al viejo continente esas ideas y esas instituciones que son el terror de los grandes y la esperanza de los pequeños; que anuncian la nueva redención...” (p. 70). Concede el orador que algunas máculas pueden hallarse en el nuevo modo de ser de México, a las que algunos aluden para opacar la grandiosidad del triunfo del pueblo, pero “ni la historia ni la filosofía apreciarán esos pequeños accidentes como un argumento contra la bondad de nuestro modo de ser político y social” (p. 71).

Termina su discurso Riva Palacio preguntándose si ha lisonjeado en exceso el orgullo patriótico de su auditorio y responde que, si tal ha hecho, no lo lamenta “porque quizá nuestro gran defecto nacional haya consistido en la poca fe que hemos tenido en nosotros mismos, y la demasiada veneración en las cosas y los adelantos de otros países, que al través de exageradas relaciones, han tomado a nuestros ojos proporciones gigantescas” (p. 71). Aquí el orador sabe bien de lo que habla, como que apenas unos meses atrás ha regresado de un largo periplo en Europa y sus cartas escritas allá dicen lo mismo: las bondades de Europa han sido exageradas.

Cierra su alocución diciendo que quienes comprendan cuánto orgullo hay en llamarse mexicanos, “ésos, ésos serán los que hagan de México una nación poderosa” (p. 71) y un día podrán enarbolar la bandera de Iguala y decir: “México es grande porque es republicano, México es libre porque merece serlo, México es la tumba de las tiranías y el asilo de las libertades. ¡Viva México!” (p. 72).



Comparación final

La idea de la historia que Riva Palacio manifiesta en ambos discursos está centrada en el concepto de progreso. Esta noción fue desconocida en la antigüedad y la Edad Media, en que la etapa dorada era la inicial y no la final, comenzó a insinuarse desde el siglo XVI y alcanzó su culminación en el XIX primero con el romanticismo, luego con los descubrimientos de Darwin y finalmente con el positivismo comtiano y spenceriano. Lo más probable es que la idea del progreso de Riva Palacio provenga de lecturas literarias, en cualquier caso el concepto tiene cuatro implicaciones: 1) el curso de los hechos (naturales e históricos) constituye una serie unilineal; 2) todo término de esta serie es necesario en el sentido que no puede ser diferente de lo que es; 3) todo término de la serie realiza un incremento de valor sobre el precedente; 4) toda regresión es aparente o constituye la condición de un progreso mayor.²⁶

En el caso mexicano la idea de progreso tenía cierta dificultad para aplicarse, pues la crisis de la independencia (en realidad anterior a ella) sumió al país en una franca decadencia significada por la pérdida territorial a manos de Estados Unidos, el estancamiento de la economía, la penuria financiera del Estado, la descomposición social y la anarquía política. Por ello ideólogos conservadores como Lucas Alamán tendrán crédito cuando aboguen por el monarquismo como la mejor solución a los graves problemas del país. En todo caso, 1867 marca apenas el inicio de la salida de la crisis y sólo hasta la década de 1880 habrá un clamor general por la paz y se percibirán las pruebas fehacientes del progreso material. En consecuencia, el ideal progresista de Riva Palacio es, en ese momento, en gran medida hipotético, y de ahí la necesidad de apoyarse en la mejor oratoria para persuadir al auditorio. Y un elemento clave es precisamente convencer a los oyentes de que el mundo marcha en un progreso ascendente, pero no a la manera trascen-

dentalista cristiana de la remuneración en el otro mundo, sino en éste, progreso marcado por la sucesión de las épocas prehispánica, colonial y republicana, cada una de ellas superior a la anterior. El progreso es una ascensión lineal pues, nos dirá Riva Palacio, aun aparentes retrocesos a la postre se convierten en elementos de progreso; así la conquista representa la pérdida de la independencia, pero los conquistadores fueron realmente poderosos auxiliares de la libertad y la república porque echaron abajo a las monarquías indígenas. Esto último sólo se dice en el discurso de 1871 y debemos considerarlo como una importante aportación, resultado de la escritura de las novelas a la idea, de la historia de Riva Palacio. En ambos discursos hay una necesidad —nacionalista— de integrar las diferentes etapas de nuestra historia, pero en el primero el orador recurre al recurso retórico y falaz de hacer de Colón e Hidalgo dos ancianos desvalidos, conectados por esa analogía; después de la factura de las novelas este recurso ya no hace falta porque el orador ha comprendido la *misión histórica* de los conquistadores: acabar con los despotismos indígenas para que, andando el tiempo, pueda plantarse una etapa superior de civilización, y así nos dirá en el segundo discurso que la conquista y la independencia son partes de un grandioso todo, hacer no sólo de México sino de toda la América, el continente elegido por la libertad y la república, que requería para su implantación de una nueva raza producto del mestizaje. Esta visión hemisférica resulta especialmente notable para la época, donde el nacionalismo imperaba en todas partes.

Hemos señalado la gran diferencia en el tono del discurso de 1867 con respecto al de 1871; el primero, por así decirlo, todavía está permeado por el fragor de la batalla, es un canto a la victoria y ataca duramente al adversario: el clero y el partido conservador; en cambio el segundo es más sereno, están ausentes las invectivas contra el enemigo y en su lugar hay un franco afán por persuadir, por convencer a los adversarios de ayer de la necesidad de apoyar al gobierno liberal.

En ambos discursos se marca como inicio de la mexicana historia a la conquista española y tie-

²⁶ Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía* (trad. de Alfredo N. Galletti), México, FCE, 1982, p. 957.

nen el notable mérito de incorporar el concepto historicista de que no deben juzgarse las épocas pasadas con las luces actuales; no, cada época debe mirarse con la luz que le es propia. De ahí que Riva Palacio contemple en la obra conquistadora una dualidad, un claroscuro que tiene elementos brillantes pero también otros crueles para los conquistados. A reserva de seguir explorando esta veta, todo parece indicar que esta visión historicista Riva Palacio la toma de las novelas históricas de su siglo, y tal vez especialmente de Walter Scott, conocido suyo: no debemos olvidar que *Ivanhoe* (1820) retrata la conquista normanda de los primitivos pobladores celtas de Inglaterra y que en ella el mestizaje, lo mismo que el claroscuro de esa conquista, son factores fundamentales.²⁷ En cualquier caso este punto es crucial, pues historiador que no es historicista —en este aspecto— es como caballero andante sin amores, como árbol sin hojas, como flor sin aroma.

En ambos discursos se mencionan los tumultos que alteraban apenas la monotonía de la vida colonial, pero en el primero no pasan de ser un “*pasajero* rumor de la plebe de algún pueblo o alguna ciudad, amotinada por la miseria” (p. 138, cursivas mías); en cambio en el discurso leído después de escribir las novelas Riva Palacio señala que esos tumultos sirvieron para algo trascendental: mostrar a los pueblos que sus amos no eran tanto como creían, son la anticipación del movimiento de independencia.

El final (la clave del sentido) de los dos discursos es notablemente diferente: en el primero es contencioso y culpa al clero y al partido conservador de todos los males del país, es decir que la lucha continúa y no se da una respuesta eficiente; en cambio, el final del discurso posterior a las novelas es armonioso al dibujar el espectáculo espléndido, inédito en la historia, de la democracia en América. Y como buen criollo americano, como buen general mestizo de la guerra de intervención, califica como superiores a los héroes de la independencia americana, al tiempo que los atisbos democráticos de la antigüedad y la modernidad europeas le parecen apenas un pálido reflejo de la democracia y la república en América, el continente predestinado para llevarlas a toda su perfección y nos invita así a tener más fe en nosotros mismos.

Desde tiempo atrás supe que no podría comprenderse la obra historiográfica de Riva Palacio sin estudiar sus novelas, pero sólo hasta ahora comprendo de una manera bien caracterizada cuánto le aportó escribir dichas novelas. No fue sólo entrar en contacto directo con la documentación del Santo Oficio, con los cronistas e historiadores, sino que las novelas le permitieron alcanzar *una nueva manera de comprender el pasado*. Me parece, en consecuencia, que el estudio de las novelas históricas es de gran necesidad no sólo para la literatura sino también, y señaladamente, para la historiografía.

²⁷ Algunos críticos han creído hallar filiaciones a las novelas rivapalatinas por motivos estilísticos, como cuando se aduce la influencia de Manuel Fernández y González por aquello de la truculencia, pero la realidad es que Riva Palacio no lo cita, que yo recuerde, en ninguna de sus obras; en cambio sí cita a Walter Scott, por ejemplo en *Los cerros* (pról. de José Ortiz Monasterio), México, Promexa, 1979, p. 327.

